



HAL
open science

Migrantes romaníes en el público: de lo mediático a lo político

Milena Doytcheva

► **To cite this version:**

Milena Doytcheva. Migrantes romaníes en el público: de lo mediático a lo político. 2014. hal-01072057

HAL Id: hal-01072057

<https://hal.science/hal-01072057>

Preprint submitted on 7 Oct 2014

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - NonCommercial - NoDerivatives 4.0 International License



TEPSIS PAPERS
Octubre 2014

Milena Doytcheva

MIGRANTES ROMANÍES EN EL PÚBLICO: DE LO MEDIÁTICO A LO POLÍTICO

Las migraciones llamadas «romaníes» hacia Francia y demás países europeos, que se intensifican desde el 2000 y, especialmente, desde 2007, año de la adhesión a la Unión Europea (UE) de los dos principales países de origen, Rumanía y Bulgaria ocupan un lugar importante en el debate público y el quehacer político. Aunque poco numerosos – entre 15 y 20 000 personas según las estimaciones más recientes – son migrantes que adquieren visibilidad, hasta excesiva, dentro del espacio público y mediático por cuestiones de circulación urbana, viviendas ocupadas ilegalmente y estados de extrema precariedad, de adultos como de niños, que los mecanismos habituales de protección y solidaridad no logran contener. Identificados como *Romaníes*, *Zingaros* (más comúnmente, como *Gitanos*, *Sinti*, *Manouches*...), suscitan polémicas, fuertes tensiones políticas y amplias movilizaciones de asociaciones y militantes a nivel local.

Milena Doytcheva

Adjunta de Cátedra de la Universidad de Lille 3, CADIS/EHESS

Palabras clave **Migracion(es)** **Minorías** **Etnicidad** **Discriminación** **Romaníes**

Referencia electrónica <http://hal.archives-ouvertes.fr/TEPSIS>

Laboratoire d'Excellence

tepsis

Transformation de l'Etat
politisation des sociétés
institution du social

En Francia, desde los años 60, la categoría administrativa de *Comunidades Nómadas o Itinerantes* («*Gens du voyage*») - a la que equivocadamente se les adscribe -, recibe un trato burocrático destinado, en particular, a su «desetnización» mientras que los migrantes procedentes del Este son considerados como grupo o colectivo, destacando, en este caso, su dimensión etno-cultural y hasta etno-racial. Fijándonos como objeto de estudio la manera en que se construyen las representaciones y relaciones sociales y políticas con esos grupos e individuos – así como también la figura colectiva de los Romaníes, «el tema de los romaníes», el «problema de los romaníes» - exploramos la hipótesis de un *marcado etno-racial* que les está implícita y explícitamente destinado en el terreno público, a través del debate político, la mediatización y, en filigrana, las modalidades de intervención pública divididas entre una orientación integradora y de acceso a los derechos y otra de política represiva, control y expulsión.

CONSTRUCCIONES SOCIALES Y POLÍTICAS

Aunque la problemática irrumpe ya en el terreno mediático y político desde principios de los 2000, e incluso antes, con la caída de los regímenes comunistas y la consiguiente liberalización de los regímenes de circulación (1), en los años 2000, en el contexto de la adhesión del grupo inicial de países a la UE (y de una política nacional y europea de inmigración particularmente represiva) es cuando se intensifican los debates y que éstos adquieren las connotaciones polémicas y electorales que todos conocemos. El desarrollo de las instituciones comunitarias habrá producido efectos contradictorios en estas cuestiones: por una parte, Europa habrá conferido a dichas poblaciones y colectivos una identidad común; pero ello habrá contribuido a su vez a un proceso de *racialización* de los Romaníes incorporándolos en una estructura de «apartheid europeo» en gestación, junto con los extranjeros extra-comunitarios, incluidos sus hijos, convocando el fantasma del «enemigo de dentro».

Por mucho que estas migraciones estuvieran compuestas por ciudadanos de la Unión, en las estadísticas oficiales se contabilizaban, desde la mitad de los años 2000, como expulsiones, de las que, en 2008 por ejemplo, representaban una tercera parte aproximadamente. Si bien el derecho europeo restringía estrictamente la posibilidad de expulsión, a partir del 2006 se introdujeron en el derecho francés varias medidas y dispositivos encaminados a controlar con mayor facilidad dichas migraciones y, en el caso que nos ocupa, a que resultaran más fácilmente «expulsables». A diferencia de las eanteriores adhesiones a la Unión de 2004, dichas medidas comportaban implícitamente una identificación, apuntando, de *jure*, a los nacionales rumanos y búlgaros, y, por ende, a los migrantes llamados “romaníes”.

(1) En este sentido, Los « Gitanos de Nanterre », en 1993, fueron uno de los primeros casos mediáticos y políticos de la cuestión de los « campamentos ilícitos».

A partir del 2010, se avanzaba un paso más por la lógica de *producción de ilegales* – *expulsión* con la definición explícita de las poblaciones incriminadas. La administración fijaba metas cuantificadas en cuanto a la evacuación de «campamentos ilícitos» - «prioritariamente, los de los romaníes» - y los vuelos chárter organizados durante el verano de 2010 causaron fuerte impacto en la opinión pública francesa, mancillando la imagen de Francia en el extranjero. Una política xenófoba y represiva que poco cuestionó la alternancia en el poder legislativo y presidencial del 2012. Tras un paréntesis (materializado, por ejemplo, por la circular del 26 de agosto de 2012 sobre la necesidad de aportar medidas sociales de acompañamiento a cualquier operación de destrucción de instalaciones informales, que, por lo demás, rara vez se aplicara), la izquierda prosiguió, sin escrúpulo alguno, las políticas represivas iniciadas por sus predecesores, sistematizándolas y acelerando incluso la destrucción de instalaciones. Prueba de ello, en la actualidad más reciente, «el caso Leonarda» o el «no quieren integrarse», declarado por M. Valls a la vuelta del verano político de 2013.

Son lógicas de alterización e identificación que traslucen asimismo en el tratamiento mediático de esos temas y poblaciones, por ser los medios, lazo de unión entre la esfera política y la opinión pública (2). Cabe recurrir a la noción de marcado social para definir dichas prácticas, noción que tras los trabajos de W. Brekhus se entiende como la manera en que los actores sociales perciben activamente una de las caras de un contraste, ignorando la otra, “concebida como no problemática, epistemológicamente hablando”. Los individuos marcados socialmente suelen clasificarse en función de sus atributos identitarios «problemáticos». Por medio de sintagmas específicos, los productores de discurso diferencian a las poblaciones identificadas, de una mayoría considerada como neutra y genérica. Como lo indica C. Guillaumin en el estudio clásico de la ideología racista, mientras que la situación mayoritaria se considera como una forma de libertad en la definición de sí mismo, ésta nunca se le reconoce al minoritario, cuya pertenencia se definiría ante todo «por lo que este último no puede darse a sí mismo». El Otro no es considerado como un ser sin más, sino como un ser con atributos específicos, en razón de su pertenencia a un grupo distinto del «nosotros», del que tantas veces queda excluido.

Analizando la prensa y los medios de información generalistas podemos extraer dos operadores que materializan la representación de una alteridad esencializada y *racializada*: la afiliación constante a un territorio y el marcado de la etnicidad por medio del género. Las poblaciones designadas como «romaníes», más rara vez como «*gitanas*», se suelen vincular, en el discurso mediático, a una territorialidad específica– un campamento, una «zona de acogida», una «aldea de inserción»; sólo se las presenta dentro de esas “zonas” confinadas, descritas como diferentes del resto del territorio nacional, situadas al límite de la ciudad y del espacio urbano, entre la vía del tren y la salida de la autopista. Conviene también destacar la importancia que adquiere la representación del género.

(2) Véase, en particular, Dalibert M., Doytcheva M, « Migrants romanies en el espacio público : (in)visibilidades obligadas », Migrations Société, n° 152, 2014, p. 75-90.

Como en el caso de otros minoritarios, la construcción de representaciones por género perfila y actualiza, dentro del espacio público, las fronteras entre colectivos sociales: mediante la construcción de identidades de género “desviadas” (la mujer «sumisa», el hombre demasiado viril o violento), el género, se convierte en un poderoso marcador de identidad que determina y refuerza la alteridad, al tiempo que esencializa y naturaliza los comportamientos.

LAS POLÍTICAS LOCALES DE INSERCIÓN

Las políticas locales, llamadas de *inserción*, se forjan como reacción a las políticas nacionales represivas y excluyentes. Desde su lanzamiento el mismo año 2007 (de la ampliación de la UE), se proponen acogerse a los recursos jurídicos y políticos de la ciudadanía comunitaria para facilitar el camino de la integración a las personas acompañadas. Tal como se desprende del estudio de las primeras operaciones emblemáticas que tuvieron lugar en la región de París, dicho camino se ajusta prioritariamente a los principios de «acceso a la autonomía» - en materia de trabajo y de vivienda. No obstante, si bien es cierto que la lucha política y electoral (de oposición a la acción de la derecha a nivel nacional) dio fuerte impulso a las iniciativas municipales, éstas no lograron superar el marco de lo *provisional* o de lo *excepcional*, del *infra-derecho* o de la hospitalidad pública, participando, en ocasiones, a nivel local y con modalidades diferentes, en la fabricación de formas de alteridad, a la que se les asignaban unos deberes específicos.

Los censos realizados por la asociación Romeurope en 2010 indican que unas 650 personas se benefician de alguno de estos sistemas específicos de alojamiento, lanzados con ayuda de distintas asociaciones de lucha contra la extrema exclusión y la vivienda precaria, de educación y de prevención especializadas y de administración de albergues. Durante este mismo periodo de transición (2007-2013 (3)), el modelo de las «*aldeas de inserción*» recibe numerosas críticas. Abarca, en realidad, una serie de medidas y prácticas destinadas a paliar los principales inconvenientes que se les imputaba: selección de familias, estrategias de control y normalización aplicadas a dichos espacios de vida, como, por ejemplo, sistemas de “vigilancia” (control de seguridad, fiscalización de visitas), aspecto físico y material de las instalaciones aisladas y cercadas. La apelación *aldeana*, por positiva que pretenda ser, no deja de avivar el espectro de una identidad relegada en sí misma y asignada, mientras que profesionales y directivos asociativos expresan su temor de que se institucionalicen unos lugares, específicos y segregados del resto, donde atender a esos migrantes.

A nivel local, prosiguen paralelamente las políticas de desmantelamiento y expulsión de manos de las mismas autoridades (ediles, funcionarios del Estado). En el

(3) Periodo durante el cual los migrantes rumanos y búlgaros fueron sometidos en Francia a ciertas restricciones en cuanto al acceso al permiso de estancia y de trabajo.

proyecto de «Estrategia nacional de integración de los Romaníes» que Francia elaboró a pedido de la Comisión Europea en 2011, los poderes públicos se niegan a admitir que dichas medidas estuvieran reservadas a una categoría especial de la población por no ajustarse a la visión y representación republicanas de indiferencia en cuanto a los orígenes. Pero, en la práctica, dichas políticas no se aplicaban a casi ningún otro “colectivo”, migrante, precario o sin vivienda decente.

En el informe publicado en 2013, *Condenados al vagabundo. Expulsiones forzadas de Romaníes en Francia*, Amnistía Internacional lanza la alarma ante el número sin precedentes de personas expulsadas desde el año 2010. De todas ellas (unas 10 200 personas durante el primer semestre de 2013), sólo a algunas decenas se les ha propuesto una vivienda, generalmente provisional. La misión encomendada al organismo Adoma de realizar un proyecto de estudio e intervención para alojar a dichas familias, plantea preguntas a más de un observador. ¿Qué será de los que esta vez ya no superen las barreras de la selección administrativa, con sus distintas espirales de *minorización*? ¿Se les asimilará a una población supernumeraria, como suele ocurrir con los colectivos gitanos? ¿En qué ha quedado la técnica de “espuestas” y espacios intermedios, preconizada por los programas de albergue y alojamiento específicos? La construcción de algo *provisional* (que se alarga en el tiempo) ¿No acabará transformando, de pasajera en permanente, la dicha gestión de estas poblaciones, como en el caso de otros colectivos en el pasado en Francia (refugiados, migrantes del Sur, coloniales).

CIUDADANÍAS IMPERFECTAS

Los trabajos realizados últimamente en Italia sobre la integración de Romaníes y Sinti subrayan un doble hecho: desarrollo de prácticas discriminatorias generalizadas, aplicadas hasta por las propias instituciones y fenómeno de denegación y desconocimiento del carácter discriminatorio de dichas prácticas. Califican esta situación de «ciudadanía imperfecta», definiéndola como sentimiento de inseguridad de las personas en cuanto a su condición y a sus derechos y deformación de su propia percepción de la discriminación. Son resultados que concuerdan con las situaciones francesas, brevemente recordadas aquí, que cabe interpretar y descifrar sobre la base de una tensión y ambivalencia entre, por una parte, la voluntad declarada de igualdad, emancipación y disfrute de los derechos y, por otra, la reintroducción de medidas de control e imposición de diferencias y similitudes. El frecuente paralelismo, deliberado a veces, entre la percepción y trato de estas poblaciones migrantes y las francesas llamadas «Comunidades itinerantes», puede servir aquí de indicador.

En Francia, las políticas municipales destinadas a estas últimas se conceptuaron como política de hospitalidad: es decir, de la misma manera que el anfitrión tiene la obligación, moral y política, de acoger, el acogido queda enterado de que tiene la obligación, a su vez, de atenerse a una forma de ser *auténtica* o *autenticada*. La hospitalidad requiere fronteras, distingue entre miembros y no miembros. Crea

un sistema inestable que nos remonta al principio del don de Mauss. Un sistema semejante instituye un régimen de reconocimiento pero ¿Hasta dónde podrá extenderse por el espacio democrático sin socavar sus fundamentos? He aquí unos interrogantes, expuestos a partir de la situación emblemática de los «Romaníes migrantes» que abren actualmente procesos complejos de representación, interrelación de ideologías y de proyecciones, planteando a las democracias contemporáneas desafíos fundamentales, sobre temas de ciudadanía, solidaridad, pertenencia y movilidad dentro de una Europa que aspira a abolir fronteras.